

te del carpintero, lo sacaron de su abstracción gritos furiosos que partían de las balleneras:

—¡La "línea" —decían—, han cortado la "línea"!

Miguel miró con sorpresa a Rosalía, y el rostro azorado de la chica fue para él una revelación. Y como los gritos de la "línea", "dónde está la línea", redoblaron su violencia, gritó a su vez dominando el tumulto:

—La "línea" la corté ayer, porque me estorbaba para el remolque.

Un torrente de injurias y maldiciones contestó a esta declaración:

—¡Qué animal, qué bestia... una "línea" nueveceita!

Por algunos instantes una granizada de insultos cayó sobre el carpintero, quien los recibía en silencio con sonrisa amarga y despreciativa. Más que su mezquindad dolíale el egoísmo feroz de esa gente que lo colmaba con injurias después de arrebatarse el fruto de su trabajo. Una vez más veía confirmarse el humano principio de que cuando asoma el interés la equidad y la justicia desaparecen.

En breve las chalupas terminaron sus aprestos y pronto los dieciséis remos las impulsaron adelante, llevando a remolque el cadáver de la ballena, que el viento y la marea no habían cesado de empujar hacia la costa.

Hacer el mal por el mal era algo que repugnaba al carácter honrado del carpintero. Por eso el acto ejecutado por la pequeña lo sorprendía, extrañando la insólita perversidad de la culpable. Al requerimiento que le hizo para que explicase su acción, contestó Rosalía en tono quejoso y enfurruñado:

—¡Tanta bulla, padrino, porque corté el pedacito que sobraba! Ese que estaba sumido en el agua. Creí que no lo echarían de menos y...

Miguel no pudo contenerse y empezó a reír a carcajadas. Cuando se calmó volvió a preguntar:

—¿Y de qué largo crees que es ese pedacito, dílo?

—No sé, padrino, pero si es muy corto y no alcanza para tender la ropa puede servir también para sacar agua del pozo. El cordel que hay está muy viejo y se corta todos los días.

—¿Pero entonces por qué tiraste este otro al mar?

—Si no lo tiré, padrino, si está aquí a popa, amarrado a la argolla del espinel.

El carpintero abrió tamaños ojos. Ya no reía. Dejó el banco e inclinándose en la popa del bote introdujo la mano en el agua y extrajo de ella la cuerda atada a una argolla de hierro debajo de la línea de flotación. Aquel demonio de chica había dicho la verdad. Ahí estaba el pedacito de cordel por ella tan codiciado y que según los cálculos de Miguel, basándose en lo que había oído decir hacía poco a los tripulantes de las balleneras, debía tener más de trescientos metros de longitud. Este nuevo e

inesperado hallazgo reconfortó su ánimo abatido. Su fracaso no le parecía ya tan humillante, pues llegaría a tierra con algo que serviría para atenuar, siquiera en parte, la pérdida que las chalupas le habían tan intempestivamente irrogado.

El bote, favorecido por la marea, arribó bien pronto a la caleta. En ella estaban Juana y un grupo de obreros que esperaban ansiosos a los expedicionarios. La mujer abrazó llorando a Rosalía e increpó, en seguida, con los más duros epítetos la conducta del carpintero, quien la oía risueño, sin importarle, al parecer, un ardite el enojo de su cónyuge.

Las primeras palabras que pronunció Miguel cuando el bote entró la quilla en la arena fueron:

—Nos quitaron la vaca, pero traemos la sogá.

La extracción de la "línea" fue un espectáculo sorprendente para los que la presenciaban. Brazas y más brazas salían del agua, amontonándose en la arena en espirales inacabables. La noticia del caso circuló rápidamente por la mina y todo el mundo acudió a contemplar el precioso cordelito. Entre los circunstantes se hallaba uno de los jefes del establecimiento, quien, después de oír de boca de Miguel todos los pormenores de su fracasada expedición, le dijo señalando la "línea":

—Haga transportar eso al almacén y pase usted en seguida a la oficina. Le daré una orden por cien pesos para la Caja. Esto vale tres veces más —añadió—, pero como aquí le vamos a dar un empleo más modesto, no podemos pagar un precio mayor.

Este resultado satisfizo a Miguel y desarrugó el ceño de la rencorosa Juana. Sólo Rosalía quedó descontenta pensando en los nudos que aún le quedaban por hacer en el viejo cordel del pozo.

1919.

EL ANILLO

A don José Toribio Marín.

Playa Blanca o Las Cruces es uno de los sitios más hermosos de la costa. Situado a escasa distancia de Cartagena, el terreno se interna en el mar, y cierra, por el norte, la gran bahía en cuyo extremo sur está el puerto de San Antonio.

La naturaleza ha prodigado profusamente sus dones a este delicioso paraje. Las tierras cubiertas de flores y vegetación, ostentan por todas partes pequeñas villas o chalets semiocultos entre el ramaje; y conglomerados

rados de rocas gigantescas bordean la costa, dejando a intervalos pequeñas abras y caleras donde las olas van a morir mansamente en la dorada arena de la playa. Nombres pintorescos designan estas diminutas enseñadas: La Caleta, Los Pescadores, Los Caracoles, Los Ericillos, Las Piedras Negras. Casi todas tienen alguna tradición o leyenda entre las cuales descuella la historia del anillo por lo extraña y trágica.

Aunque el suceso ocurrió hace algunos años, aún perdura su recuerdo en la memoria de los que lograron conocer sus emocionantes detalles.

—Por esa época, entre los numerosos veraneantes del balneario, se destacaba singularmente por su distinción una pareja de recién casados. Francés de origen el marido, era un rubio mozo apuesto y elegante, y ella, la mujer, una niña casi, atraía a su paso todas las miradas por su gran belleza. Jóvenes y ricos, la dicha les sonreía y en todos sus actos dejaban trasparentar el intenso amor que se profesaban.

Un día los esposos tomaban su baño matinal en compañía de un alegre y bullicioso grupo. El mar, como de costumbre, mostraba una seriedad absoluta y sólo pequeñas ondulaciones interrumpían su tersa y azulada superficie. En tanto la joven permanecía cerca de la orilla, su esposo, que era un intrépido nadador, se internaba mar adentro acompañado de algunos bañistas tan temerarios como él. Muy pronto, el joven francés distanció a sus compañeros acercándose en línea recta al extremo de la plataforma que limitaba la enseada de los Caracoles por el lado sur. Cuando ya estaba muy cerca de la rocosa punta se le vio de improviso desaparecer. En un principio se creyó que había zambullido voluntariamente, pero, como la inmersión se prolongara demasiado, los que estaban más cerca saltando por encima de las piedras corrieron a prestarle auxilio; mas, al llegar al extremo del arrecife sólo distinguieron la tranquila y desierta superficie del mar ondulando suavemente a impulso de la brisa de la mañana.

En la playa, poco antes tan alegre, las voces y risas que poblaban el aire se trocaron en llantos y clamorosos gritos de socorro. Mientras sus compañeras sujetaban a la joven esposa que quería arrojarle al agua, loca de dolor y desesperación, un bote de pescadores se aproximó al sitio del accidente y con largos bicheros comenzaron sus tripulantes a explorar las masas de algas que flotaban entre dos aguas.

La noticia de la desgracia se esparció rápidamente por el balneario. Todo el mundo acudió a la playa y siguió, con la vista ansiosa, las pesquisas que se hacían para encontrar el cadáver. La busca se prolongó el día entero y llegó la noche sin que se hallase el más leve vestigio del desaparecido.

Al día siguiente, la joven a quien el dolor casi hizo perder la razón,

recobrada un tanto del terrible golpe, ofreció una gran suma de dinero a quienquiera que encontrase los restos del amado esposo. Aguijoneados por el interés, los pescadores dejaron de perseguir a los peces para dedicarse a esa otra pesca, que una vez alcanzada les reportaría una ganancia fabulosa. La costa en un espacio de muchas leguas fue registrada con la mayor escrupulosidad sin que se descubriesen los fúnebres despojos.

Pasaron los días, las semanas y los meses y el cuantioso premio no fue cobrado. Además de esta recompensa, se decía que el que encontrase el cadáver tendría también derecho a un anillo con una piedra de gran valor que el muerto llevaba en el dedo anular de la mano derecha el día del accidente.

Transcurrieron dos largos años y la trágica historia parecía ya olvidada, cuando la presencia de la viuda en el balneario reavivó los recuerdos ya lejanos de la catástrofe. Para muchos su llegada fue una sorpresa, pues se creía como cosa cierta que la joven, inconsolable por la muerte de su esposo, había renunciado al mundo para ingresar en un convento.

Pero el tiempo con su infalible bálsamo había, al parecer, cicatrizado aquella herida, porque todo el mundo pudo ver a la hermosa dama pasear por las playas, alegre y risueña, en medio de una numerosa corte de adoradores. Además, pronto se esparció el rumor de que iba a contraer segundas nupcias con el más asiduo y empeñoso de sus cortejantes.

Una mañana mientras los bañistas se entregaban a sus habituales juegos de natación cerca de la Caleta de los Caracoles, se oyó resonar súbitamente un penetrante grito de angustia lanzado por aquél a quien se designaba ya como el futuro marido de la gentilísima viuda. Por un instante se le vio agitar los brazos fuera del agua y, en seguida, hundirse y desaparecer como una piedra bajo las ondas. Sin duda había sido víctima de uno de esos calambres repentinos que tan traidoramente acometen a veces a los nadadores.

Después de grandes trabajos pudo extraérsele del agua y, depositado en la playa, se le prodigaron todos los cuidados que la ciencia indica en casos semejantes, pero a pesar de todos los esfuerzos desplegados para reanimarlo, no se consiguió volverlo a la vida.

Cuando los salvadores, perdida ya toda esperanza, comentaban el triste suceso, irrumpió entre ellos una mujer en la que todos reconocieron a la desolada viuda, quien abriéndose paso en el grupo se dejó caer de rodillas ante el cadáver cubriendo de besos y lágrimas el lívido rostro al mismo tiempo que estrechaba entre las suyas, convulsas, las manos yertas del inanimado mozo.

De improviso se irguió bruscamente, púsose de pie y retrócedió aterrada diciendo con indecible espanto:

—¡Dios mío, el anillo, el anillo de él!

Luego, dando la espalda al mar como si temiese ver surgir de las aguas alguna terrible aparición, huyó desparovida lanzando gritos agudísimos.

Los espectadores de esta escena se miraron asombrados sin acertar a explicarse la extraordinaria actitud de la joven. Con gran curiosidad examinaron el anillo que el ahogado ostentaba en el dedo anular de la mano derecha. La joya era de platino y tenía engastada una piedra riquísima: un hermoso diamante negro.

Este hecho extraño y sensacional apasionó todos los ánimos, pues se comprobó que ese anillo era el mismo que llevaba el joven francés desaparecido dos años antes en ese paraje y cuyo cadáver no se encontró jamás.

Y el caso se hacía más inexplicable cuando los parientes y amigos del desgraciado mozo que acababa de hallar la muerte de manera tan inesperada, aseguraban no haber visto nunca en su poder aquella singularísima joya.

Los adeptos de lo sobrenatural encontraron aquí un vasto campo para sus especulaciones, bordándose alrededor del extraño acontecimiento los más fantásticos comentarios. La pequeña caleta donde ocurrió la tragedia, adquirió una fama sinistra, considerándose como un acto de insana temeridad el solo intento de bañarse en sus traidoras aguas.

Se propagaron los más absurdos rumores. Hablábse de macabras apariciones, de prodigios, de monstruos espantables que poblaban la minúscula ensenada. Entre esas visiones terroríficas se destacaba por su relieve y precisión la de un ahogado envuelto en una túnica de algas que acechaba día y noche ora oculto entre las rocas o bajo las aguas, al imprudente que se acercase a sus dominios.

A medida que el tiempo pasaba, el misterio se hacía más y más impenetrable. Los que procuraban encontrar una causa racional que explicase el suceso, se estrellaban en la falta absoluta de datos en que fundarse.

La muerte del joven pretendiente, ocurrida en el mismo sitio donde, años atrás, desapareciera el marido, era sencillamente una coincidencia, todo lo extraña que se quiera, pero que estaba dentro de lo posible, pudiéndose, a lo más, designar, dada la rareza del caso, con el nombre vulgar de fatalidad. Mas cuando se consideraba que en poder del primero de esos hombres se había encontrado una joya de propiedad del segundo, que la tenía consigo en el instante mismo en que su cuerpo era tragado por las olas, el problema aparecía entonces tan oscuro, tan indescifrable, que las mejores inteligencias se desorientaban desesperando encontrarle una solución.

Después que hubieron pasado dos meses y cuando la temporada ve-

raniega tocaba a su término, se susurró el rumor de que se había despejado la incógnita del extraordinario acontecimiento.

La versión que daba por aclarado el misterio y que, justo es decirlo, sólo encontró una minoría insignificante que la aceptase, era la siguiente:

Un día, en la playa, en tanto que una chiclea recogedora de conchas ofrecía su mercancía a un grupo de veraneantes, alguien de los presentes recordó haber visto a la misma pequeña en animada conversación con el desgraciado mozo en la mañana fatal en que perdiera la vida. Interrogada al respecto, la chica declaró haberse acercado al joven cuando éste se dirigía al baño para ofrecerle en venta un anillo que se había encontrado en la orilla del mar el día anterior. Las señas que dio de la joya no dejaban lugar a dudas de que era la misma hallada, más tarde, en poder del muerto. Ampliando sus explicaciones, la declarante condujo a sus oyentes al sitio donde hiciera el hallazgo. Este lugar era la diminuta caleta de los Caracoles, llamada así por la gran cantidad de conchas de estos moluscos que el mar arroja a la playa. El mayor número y los más hermosos ejemplares se recogen junto a una enorme roca perforada en su base. Por esta abertura desemboca el agua, arastrando a su paso las conchas desprendidas de algún oculto depósito bajo la piedra. Y ahí encontró la pequeña el anillo, al tratar de coger un puñado de cilíndricos caracoles que una ola acababa de lanzar a la orilla.

Aceptando como verídica esta versión, lo que quedaba por resolver de aquel problema era ya muy sencillo. Dos años antes, el dueño de la joya, nadando cerca de esas rocas, presa tal vez de un ataque repentino al corazón o al cerebro, se había hundido en las aguas sin que se le volviese a ver más. Sin duda alguna las olas lo habían introducido dentro de aquel túnel, donde había quedado aprisionado en algún estrecho paraje. Más tarde, cuando los peces y las jaivas hubieron despojado al cadáver de su carnal vestidura, el anillo debió caer al fondo del pasadizo, entre la masa de conchas, siendo arrastrado con ellas hacia la ribera donde lo encontró un día la pescadorcilla.

A pesar de lo verosímil que resultaba esta explicación, ella tuvo poquísimo éxito, llegando los incrédulos hasta negar la existencia de la pequeña y asegurando que ella había sido inventada por los que a toda costa querían privar de su verdadero carácter al sobrenatural y milagroso suceso. Esta crítica fue aceptada sin réplica por la mayoría de las personas y los sencillos pescadores, que siguieron creyendo que el francés desaparecido en condiciones tan misteriosas era el que había suprimido aquel rival antes de que ocupase su sitio junto a la mujer que le jurara amor eterno. Y para afirmar este hecho, habíale colocado en el dedo su-

propio anillo a fin de que nadie dudase de que aquella muerte era su obra o sea su venganza de ultratumba.

1918.

LA "ZAMBULLÓN"

A Osvaldo Marín.

—... "Seguro efectuado ayer. Póliza correo".

En cuanto hubo don Manuel leído este despacho telegráfico se asomó a la puerta de la oficina y llamó:

—¡Antonio!

—Voy, señor —respondió una voz varonil y unos pasos precipitados resonaron en el corredor.

El patrón clavó un instante sus grises pupilas en la barra, donde se entrechocaban tumultuosas las olas, y ordenó al mozo de atezado semblante que esperaban en el umbral sombrero en mano:

—Ve a buscar a Amador y su gente —y volviendo en seguida a su escritorio se absorbió en la importante tarea de rectificar las sumas del libro de caja a fin de hallar el error de un centavo que le impedía cerrar el balance de fin de mes. Entre tanto, Antonio había descendido la colina y caminaba por la orilla de la laguna en dirección del rancho de Teresa, donde, de seguro, encontraría al que buscaba. Sus cálculos no le engañaban, pues al volver un recodo del sendero lo divisó sentado junto a su novia, bajo la pequeña ramada, afanado en revisar los anzuelos de un espinel. Cuando el mensajero estuvo cerca, Amador interrumpió la tarea para decirle:

—¿Me necesitan allá arriba, no es verdad?

—Y también a Luchito y a Rafael.

El rostro del pescador se ensombreció y exclamó con ira:

—¡Perra suerte! ¡Ese maldito cascarón va a ser nuestra sepultura!

Teresa se levantó airada y, dejando a un lado la costura, profirió con vehemencia:

—¡Pero eso es una maldad! La *Zambullón* está tan vieja que es tentar a Dios moverla siquiera de su fondeadero. ¿No es así, Antonio?

El interpelado inclinó la cabeza y guardó silencio, haciéndose el desentendido. Como buen rústico sabía callarse y no adelantar opiniones que más tarde le comprometiesen. Fingiéndose gran prisa se despidió diciendo a su camarada:

—No te olvides de que a las cuatro comienza a bajar la marea.

Amador y Teresa lo vieron alejarse, silenciosos. De pie, erguidos de cara al sol que lanzaba sobre el lago, las colinas y los prados sus cálidos resplandores, los enamorados hacían una hermosa pareja. El, de aventajada estatura, de tez blanca, rostro franco y abierto, encuadrado en una rizada barba rubia, era un gallardo mozo, a quien nada arredraba cuando sobré las cuatro tablas de su barco desafiaba impávido la cólera del océano. Ella también era alta y bien formada, garbosa en el andar, de rostro ligeramente bronceado, con hermosos ojos pardos llenos de fuego y resolución. Amábanse ambos apasionadamente, y no habiendo nada que se opusiera a su mutuo cariño debían casarse para la Pascua.

Faltaban aún tres meses para la fecha fijada, tiempo más que suficiente para que él reuniese el dinero necesario y para que ella preparase su modesto ajuar de boda.

El día anterior el mozo recibió de don Manuel la orden de prepararse para conducir la *Zambullón* a Valparaíso, donde se la destinaria para depósito de maticos. Y como le observase respetuosamente el mal estado de la lancha y lo peligroso de una travesía tan larga, el patrón le respondió con severidad que la *Zambullón* estaba en condiciones de dar la vuelta al mundo sin correr riesgos de ninguna especie. Cuando dio la noticia a Teresa y dejó entrever la repugnancia que le inspiraba el viaje, la joven, cediendo a la vehemencia de su carácter, le pidió con lágrimas en los ojos que se negase a partir. El amo, por muy amo que fuese, no tenía derecho a disponer de la vida de sus servidores. Mas, cuando el mozo le hizo ver que su resistencia le acarrearía la pérdida del empleo que le daba para vivir y mediante el cual iban a realizar sus vivísimos anhelos de ser el uno del otro, a la indignación sucedió una calma resignada y triste, la mente de la moza se pobló de siniestros augurios y rompió a llorar desconsoladamente.

Amador la tranquilizó lo mejor que pudo asegurándole que si se mantenía el buen tiempo y el viento favorable, llegarían al lugar de su destino sanos y salvos. Además, él como ella no quería abandonar aquellos sitios que le recordaban su risueña infancia y donde cada detalle evocaba en su espíritu la dulce historia de su amor y felicidad. Convenía, pues, tener resignación y no quemarse la sangre pensando en eludir lo que no tenía remedio.

La noticia de que la *Zambullón* iba a hacerse a la mar había reunido junto a la desembocadura del lago a los habitantes del caserío. Todos querían dar al verueto cascarón el adiós de despedida y demostrar a la tripulación el interés que despertaba en ellos la arriesgada empresa que iban a acometer.

Teresa, en medio del grupo, con los ojos fijos en su novio oía los co-